

JOAQUÍN DICENTA

BAJO LOS MIRTO

Entre gorjeos



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

BARCELONA

MILLÁ Y PIÑOL (EDITORES)

Calle Barbarrá, número 15

1916

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

LOQUIN DIGENTA

BALD LOS MIRTOS

EL PRODUCTO



UNIVERSIDAD DE BARCELONA
FACULTAD DE FARMACIA
ANEXO A LA LEY DE 1908

BARCELONA

MILIA Y FIKOL (Empresari)

Calle Sardenya, número 12

1911

DEPOSITO LEGAL EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

... en el laboratorio de química y en el laboratorio de física...
... en el laboratorio de química y en el laboratorio de física...
... en el laboratorio de química y en el laboratorio de física...

Entre gorjeos

Por entre los gorjeos de las aves...
... entre los gorjeos de las aves...
... entre los gorjeos de las aves...

... entre los gorjeos de las aves...
... entre los gorjeos de las aves...
... entre los gorjeos de las aves...

Jilgueros, mirlos y ruiseñores saludan mi instalación bajo esta bóveda de mirtos. La poética calle de árboles será mi taller mientras permanezca en el lazareto de San Simón. A él me trajeron solicitudes amistosas de Joaquín Nogueira, de ese noble y culto gallego en cuyo espíritu hallan todo progreso atmósfera y toda bondad hospedaje.

Por entre los mirtos descubro jirones azules de ría, cachos turquí de cielo. Entre unos y otros, flotan pedazos verdes de montaña. El sol, cernido por las hojas, borda con lentejuelas de oro la arena del paseo. Lejos, cantan los obreros, que en el lazareto faenan, las dulces canciones de Galicia: llegan a mi dormilonas quejumbrosas, acariciantes, parejas al besuqueo de las olas contra la playa. El aire me envuelve como un abrazo material. Algo, que es paz y amor, se entra con el aire en mi espíritu.

Queden para crónicas sucesivas las descripciones, mejor dicho, las impresiones que de manden o provoquen en mí el espectáculo de la Naturaleza, el choque de mi alma con ella, mi vivir solitario en la isla San Simón, que,

como la Guerande armónica, es «un navío refulgiendo entre las espumas».

Hoy me esclavizan esta paz y este amor, estos maternales abrazos conquie el aire me cigne, esta bóveda por entre cuyas esmeraldas baja, cernido, el sol para bordar las arenas con lentejuelas de oro.

Encima de la bóveda cuchichea el viento marino la leyenda oceánica. Por el ramaje van y vienen las aves, saltando con travesura de chiquillos. Su canto es incienso de notas.

Convencidos los pájaros de que este señor, recostado contra la hierba, no ha de hacerles perjuicio, revolotean sobre mí. El ruido de sus alas es como un abrir y cerrar suave de abanicos.

Los mirlos recorren el paseo engallando activamente la cabeza, revolviendo en todas direcciones los vivos ojos de azabache, levantando al aire sus colas, que parecen remates de manto donjuanesco sostenido por la contera del estoque. De cuando en cuando, entreabre sus picos un silbido. A requerimiento suena el rondador; y lo es, que al reclamo acuden las hembras, contoneándose, vuelta contra el pecho la cabecita, desplegada al ancho la cola, que arrastra en manto de princesa real.

El galán se acerca a la dama; coquetea unas miajas ella, dándoselas de esquiva, y, al fin, se pierden una pareja, y otra y otra, juntitas,

muy juntitas, por los camarines que construyen las matas. Se oyen el piar lánguido de las hembras y las aflautadas sollicitaciones del macho; luego, algo así como el crujimiento de ropas nupciales que el amor desencinta. Son las alitas de los pájaros, que se abren y se cierran en abrazo de plumas.

Cerca de mí, sobre una rama, trova un ruiseñor los desdenes de su hembra. Como a una reja, asómase aquella a un cañamazo de hojas. En otra rama brinca un jilguero, luciendo su traje de arlequín; un pardillo salta junto a él; pronto huye, avergonzado de su pobre y deslustrada vestimenta... El coro de gorjeos prosigue, vibrando, extendiéndose de un extremo a otro de la bóveda como un himno triunfal.

En las notas de ese himno buscaré mis inspiraciones cuando, al comenzar la mañana, entre por la calle de mirtos lápiz y cuartillas en mano. Bajo la bóveda de mirtos asentaré, cuando muera la tarde, para oír la despedida que dan los pájaros al sol, para unirme a ellos en plegaria respetuosa, en reverencia al Padre fecundo de la luz. Al advenir la noche, me perderé por estos paseos y arboledas, puestos mis ojos en el espacio, donde lucirán las estrellas; oídos en el mar, que acariciará los peñotes con el beso amargo de sus olas.

En las noches de luna, contemplaré los di-

vinos paisajes que vaya ofreciéndome esta ría viguense. Serán como de plata a la luz del astro de la noche; como de oro al reflejo de sol.

En los días grises, se me aparecerán los paisajes como desdibujados espectrales, como escenario de leyendas ománicas; en las horas de tempestad, como escenario de tragedias, donde esgrimirá el viejo Neptuno su tridente, dejando que sus caballos pateen la espuma y que su carro dibuje surcos asesinos en las montañas líquidas. En las horas de calma, aguardaré sobre una roca que las náyades se me aparezcan con las cabelleras de alga despeinadas pos los dedos trémulos de la brisa, los pechos erguidos sobre el ceñidor de las ondas y la boca entonando lúbricas endechas, que acompañarán los tritones con sus caracoles de nácar.

Paisajes, impresiones, ensueños... Todo irá brotando, como quiera brotar, por mi lápiz en este Paraíso...

Hoy, no. Hoy el lápiz cae de mis manos. Pensar me fatiga; más aún, me fatiga sentir. Llenen tan sólo mis oídos los gorjeos que las aves se envían en esta bóveda de mirtos; sean tan sólo distracción de mis ojos los paseos cortejadores que dan los pájaros sobre estas arenas, bordadas por el sol con lentejuelas de oro...

San Simón

Seis millas le separan de Vigo, en quince minutos se arriba a La Punta, playa que forma Redondela; con marea y viento favorable se llega por el río a Redondela pronto, en cuya cascada hay vía franca para Vigo, Pontevedra, Portugal y Montoro. Una línea tiene servicio diario de coches. Un correo a ratos parón, mudisco a ratos, trae y lleva los telegramas. Hay telégrafos directos con Vigo. Nada falta para que los cuarentañeros se reúnan con quienes al otro lado de las aguas esperan sus noticias.

La instalación es sencillamente admirable.

Para recreo de los ojos y culto a la belleza están los paseos, las umbrías y los jardines; los balcones que se abren sobre el mar, ofreciéndonos las veinte millas del maravilloso paisaje que, dibujado con montañas y bordado con olas, se extiende hasta las Cies.

A este lado, el jardín que a los comedores conduce, dando a los columpios del aire rosas, claveles y geráneos, macizos de violetas, canastillos de margaritas, tapices de musgo, enredados campanilleros que trepan hasta el borde de una fontana, donde el agua cae en surtidor para juego de los peces que en el tazón ancho se persiguen. Frente al jardín, la calle de mirtos, con sus muros de repretadas hojas, con su bóveda esmeraldina, con su perenne sombra en que apenas puntea el sol. A la izquierda de este misterio, un paseo abierto a la luz y al aire, primeramente de par en par. Más abajo, rodeando como un cinturón el lazareto limpio, otro paseo, orillado en su parte baja por el Océano; en la alta, por matorrales de sombrías entonaciones, por senderos que a umbrías y boscajes de ensueño llevan. Aquí, un mirador que con Vigo se encara; allí, un montón de rocas, desde cuyo natural balconaje se ve ir y venir las lanchas pescadoras, tendidas las velas, prevenidos los hombres al lanzamiento de la red.

Debidas fueron casi todas estas bellezas que nos cautivan hoy al trabajo y a la perseverancia de los directores y del administrador del Lazareto. Sobre rocas hubieron de plantar árboles y jardines; en roca, abrir los balconajes; terraplenando contra la roca arena, abrieron los paseos también.

Bien haya el simpático Zabaleta, que hoy llora en Canarias las ausencias de Vigo, por la parte que en el embellecimiento como en la instalación sanitaria del Lazareto hubo; bien haya Nogueira que, con su alma de artista, ayudó la tarea; bien haya el director actual, Pellicer, que con Nogueira la prosigue. Regalar belleza a quienes padecen destierro, es labor tan meritoria como regalarles comodidades y salud. Más, tal vez.

En punto a comodidades, pocas echarán de menos aquí los cuarentenarios. Los pabellones de primera clase son lujosos, dignos de un gran hotel, y si no son tan lujosos, si son tan cómodos los pabellones de segunda y tercera clase.

Hay dos pabellones de primera capaces para 60 camas; los bajos de estos pabellones se destinan a cuarentenarios de segunda, y son capaces para 40 camas, que unidas a 20 de un pabellón más de segunda, dan un total de otras 60.

El pabellón de tercera tiene espacio sobra-

do para 100 camas. En caso de necesidad, pueden instalarse otras 100 en dos pabellones, al presente en reparación.

Hay, además, una capilla para los cuarentenarios católicos, y dos comedores espaciosos para los cuarentenarios de todos los cultos; casa de baños; en ella, seis departamentos, con bañera y ducha; la calefacción se hace por termo; el agua dulce para este servicio, como para todos, abunda. Débese a una instalación submarina que trae aquélla desde la próxima montaña.

El servicio eclesiástico se halla a cargo del Padre Fernández, un cura de veinticinco años, que no se asusta de alternar con réprobos, y de ello soy muestra. Al frente de la farmacia está don Jesús Vidal, orensano altamente simpático, docto en su ciencia y en el arte de la paternidad; lo prueban seis chiquillos, y cuenta que el boticario es joven.

Claro que en el Lazareto limpio, como en el sucio, hay estufas de desinfección y lavaderos con arreglo a los modelos últimos. Una barcaza Clayton se balancea junto al muelle, pronta a desinfectar bodegas y entrepuentes de buques.

El Lazareto sucio se halla por completo aislado del limpio, merced al puente que une las dos islas. En el puente se alzan tres portones de hierro. Abiertos y pasados los tres, se llega

a un patio con jardín. Sobre él asienta el Hospital.

Es un edificio limpio, capaz, higiénico, con salas de alta techumbre y ventanales anchos, cubiertos por una red metálica para impedir entrada y salida a los insectos, que son vehículos rápidos de la peste.

Tiene el Hospital siete habitaciones de distinguidos, hábiles para dos o tres camas, y dos grandes salas, donde pueden instalarse cómoda e higiénicamente 30 enfermos.

Cuatro Hermanas de la Caridad prestan los servicios de enfermería.

Como dije al principio, España puede estar orgullosa de este Lazareto de San Simón, y decir muy alto que, por iniciativas de los ministros de Gobernación y del inspector general, señor Salazar, secundados eficazmente por los directores y administradores de aquél, ha cumplido y cumple el compromiso que contrajo ante el mundo en la Conferencia de París.

Este es el Lazareto. Para aislamiento y cura de enfermos se fundó; en aislarlos y curarlos se emplea.

Después de todo, acaso estando en él, esté yo en mi sitio.

Más que a otros inquilinos de San Simón, me es necesaria cuarentena.



gaviotas

En la ría, hacia el Este, surgen unos peñotes. Durante las mareas bajas descubren una montañuela, áspera y desigual, de 100 metros en cuadro. Cúbrenla vegetaciones sombrías de líquenes y de algas; el viento sacude y esparce por la atmósfera estas vegetaciones, transformándolas en cabelleras que bruñe y esmeraldiza el sol.

Según que la marea asciende, va la montañuela ocultándose bajo el manto verde de las aguas, entre encajes de espuma. Sólo restan visibles tres o cuatro picachos desafidores, cortantes, rematados en filo; parecen enormes hachas prehistóricas. Sobre los fillos posan las gaviotas a cientos.

Vienen de lejos, por parejas, batiendo el aire con sus alas; haciéndolo vibrar al graznido de sus gargantas; describiendo amplios semicírculos, precipitándose en las ondas de golpe, flotando sobre ellas, dejándose mecer por ellas, abandonándolas de un solo vigoroso alestazo y quedando luego breves segundos inmóviles entre el espacio, como grandes copos de nieve.

Al cabo de giros y regiros, las parejas se

aproximan, se juntan, forman aéreo tropel y se abaten contra los picachos. Sus patas afirman sobre los filos sillexianos, y un coro inarmónico turba la paz de la bahía.

Cesa el coro y comienza el esparcimiento.

Unas gaviotas pasean, como si tapices hollaran, por las heridoras artistas. Vanidosamente pasean, ahuecando las alas, moviendo coquetonamente los cuellos, desafiándose o enamorándose con el mirar de sus carboneros ojillos.

Otras gaviotas, menos presumidas o más apasionadas, se pierden cautelosamente, de dos en dos, claro, por las cortaduras en el rocaje abiertas. Algunas dan revuelos cortejadores. Cuales se requiebran a pleno graznido de aquel a este picacho.

Son todas matrimonios que ganan trabajosamente el sustento, buceando entre las espumas, recorriendo millas y millas para encontrar un banco de sardinas o una sarda de jureles o panchos; durante horas y horas persiguen a los buques, en espera de los desperdicios que arroja el marmitón por la borda. Nada las arredra, distancia ni fatiga, en su afán de ganarse el condumio y atender al mantenimiento de los hijos, de las crías aún implumes, que allá, en rocas muy altas, donde no alcanza el oleaje, esperan con los picos abiertos el arribo de sus engendadores. Es-

peran también la hora de valer, de ser por sí mismas, para ayuntarse cada hembra con su macho y abrir a todo horizonte las alas juveniles.

Pero no todas son leyes de trabajo y de sacrificio por los demás las que rigen la existencia de los pájaros, como la de los hombres. Otras leyes hay tan precisas, tan obligatorias como aquéllas: leyes de reposo, de felicidad y de amor.

A cumplir esas leyes acuden todos los crepúsculos vespertinos las gaviotas a los picachos. En ellos se esparcen, se enamoran, se ayuntan. Preparan, entre pasionales aletazos, el advenimiento de hijos nuevos; procuran, cumpliendo con la Naturaleza, la perpetuación de la especie. Son dichosas, porque son fecundas y amantes. Cuando transmonta el sol, emprenden vuelo por parejas. En busca de sus nidales van; en requerimiento de altas rocas, donde no alcanza el Océano.

Contemplando estoy durante el crepúsculo el ir y venir de las gaviotas por los picachos de la ría. En uno de los paseos que, mientras las contemplo, doy bajo esta bóveda de mirtos, la transpongo y avanzo hasta las inmediaciones del Lazareto sucio.

Al fondo de éste, sobre las piedras que le ponen remate, se descubren también bultos blancos; el viento agita algo que en aquellos

bultos va y vienen con movimiento de alas. Los bultos blancos tienen humano rostro y descubren, entre las blancuras que los ciñen, vestimentas azules: son las Hermanas de la Caridad, guardadoras del Lazareto.

Gaviotas parecen a distancia. Como las gaviotas, pasean por cima de las piedras; como las gaviotas, baten con sus tocas el aire...

Pero ellas no cantan; ellas no componen bisexuales parejas; ellas no fabrican nidos en cumplimiento de las sacrosantas leyes de amor que gobiernan la especie. Ellas no van, alegre, ufana, requebradoramente, dejándose perseguir por los afanes del esposo. Ellas caminan despacio, con los rostros de marfil amarillado bajo las tocas, con los dedos engarfiándose sobre las cuentas de un rosario, con el rezo monótono y estéril, no con el canto vibrante y fecundo en las bocas.

Ellas, que cumplen bravamente las leyes del trabajo y del sacrificio por los demás, dejan incumplida la ley sacrosanta del amor de los sexos. Nacidas para madres de hijos, para engendradoras de futuras humanidades, se agostan vírgenes, mientras las acaricia con sus rayos el sol, fecundador ígneo de la tierra, y el aire sacude, entre desdeñoso y compasivo, las níveas alas de sus tocas.

¿Verdad, gaviotas del picacho, que es visión muy triste la de estas gaviotas humanas?

Chubascada

Los del Oeste son como brechazos de bruma; los del Este, como lienzos encubiertos por gasas. Sólo al fondo, hacia el Norte, se descubren, verdeantes, entre los grises del espacio y los plomos del mar, Vilaboa, Arcade y el glorioso Puente Sampayo. Unidos son los tres por una cadena de pinares, por un festón de praderías que edificios campesinos esmaltan con los blancos de sus paredes y los rojos de sus techumbres. Allí es donde el mar se abraza a la montaña, para morir acariciándola.

Al Este se desgarran las nubes, descubriendo los caseríos de Soto Justo y Cesantes. Otras nubes remiendan pronto el desgarrón, y las aldehuelas desaparecen tal que imágenes de un ensueño.

San Adrián y Santa Cristina dos cobres, los pueblecillos y las montañas del Oeste, son manchas temblonas hechas a golpe de tiniebla. Portela y Regasenda se adivinan entre las Puntas.

Según cae el sol, más y más se espesa la niebla, más y más descienden los nubarrones negros, más fuerte es la lluvia, más recio el vendaval, más sombría la coloración del Atlántico.

Tirito bajo el impermeable; de frío se estremece mi cuerpo; mi alma, de tristeza.

En presencia de este día invernal, evoco los

días del invierno gallego, húmedos, oscuros, heladores, faltos de alegría y de sol, abundantes en escarchas y lluvias, en nieblas y huracanes. Con el recuerdo de esos días evoco el de los trabajadores gallegos, el de todos los trabajadores campesinos del mundo, roídos por la intemperie, por la fatiga, por el reuma y por el hambre, forzados, hasta que la muerte tiene la bondad de acogerlos, ande el cielo como ande y soplen los vientos como soplen.

Sin querer repiten mis labios fragmentos de una poesía gallega.

E. Xan, o Petrucio
mais vello d' aldea,
manopra de coiro
calzada na destra.

C' o a res encarnada,
tolleito do reuma;
rozando nos toxos,
esgarase as pernas.

Xa leva seis horas
feisando gabellas,
na mau xa non pode
soster a coitela.

Pero e xornaleiro,
e as horas que perda
seran medio-días
sin bica ni verzas.

Manas sin almorzo,
e naites sin cea.
Traballa, Petrucio.
Traballa ou reventa.

Hermosas y agrias estrofas de Alberto García Ferreiro, ¡cuánta humanidad dolorida se retuerce en vosotras! ¡Qué grandes y qué necesarias ansias de rebelión provoca la lectura vuestra!...

¡Infeliz campesino, no gallego, del mundo, el que retrató García Ferreiro en su canto!

Es Juan el labriego más viejo de la aldea. Su mano encallecida parece guantelete de cuero. Con la espalda encorvada, torturado por el reuma, trabaja entre abrojos, despellejándose las piernas... Pero ¿qué le ha de hacer? Cada hora perdida serán mediodías sin berzas, mañanas sin almuerzo, noches sin cenar...

¡Trabaja, Petrucio!—dice el cantor gallego.—Trabaja o revienta.

Verdad. Para el jornalero campesino, para el esclavo del terruño, no hay otra solución: trabajar o reventar de hambre.

Así está el mundo, y así lo toma el campesino con mansedumbre inadjetivable.

Cuando vuelve el campesino por la noche a su hogar, ¿qué halla en él?

Oigamos a García Ferreiro:

As codias mais duras,
as pallas mas reixas,
o las mais escuro
e a moite mais negra...
Traballa, Petrucio.
Traballa... ou reventa.

Eso hallará. Las cortezas más duras, más dura la paja del jergón, más obscuro el hogar y más negra la noche.

Un acompasado golpeteo de remos me arranca de mis cavilaciones. Puesto en pie, encamino los ojos hacia el mar.

Son cinco o seis lanchas que se dirigen a la pesca. Los marineros reman bajo la lluvia, dando la cara al vendaval, emproando a la niebla, al enorme portón de acero que cierra las dos puntas.

A la pesca van; en busca de un jornal inseguro. ¡Qué remedio! Hay que ganar la vida.

Traballa, Petrucio.
Traballa... ou reventa.

